ESPIRITUALIDAD

SENTIDO IGNACIANO DEL PECADO Y CARIDAD

A. M., S. I.

Quizás en nuestra actualidad ascética y en la espiritualidad de nuestros días el hombre sale al encuentro de Dios buscándole en los otros hombres, adivinando que espera Dios detrás del rostro cansado de sus hermanos. Es este tiempo de primacía de la caridad y hemos escrito en lo más alto de la vida, —y con razón—, las palabras de San Juan, «el amor es de Dios», (1 Io 4[7]).

Creemos y vivimos que es pecado el amor egoísta de nosotros mismos; sabemos que el amor de Dios consiste también en amar a los hombres sobre todas las cosas.

Por eso nos parece que ahora más que nunca se reviste del matiz de egoísmo esa vieja costumbre que tienen los hombres de pecar. Pensamos que pecar es ahora, más que antes, odiar a Dios y a los hombres y amarse demasiado a sí mismo. Porque el odio a los hombres en nuestra actualidad converge en el odio a Dios. La «aversión» agustiniana sería aversión de los hombres y conversión hacia nosotros mismos. Serán los hombres más cristianos si aman más a los hombres. Serán los hombres pecadores si se aman a sí mismos, hasta llegar al desprecio de los demás, o, más lejos todavía, a prescindir de los demás.

La espiritualidad ignaciana y la de nuestros días

La espiritualidad ignaciana, que es espiritualidad de siempre, ni nueva ni vieja sino eterna, por cristiana, se enfrenta también con nuestra espiritualidad actual. Y su sentido del pecado, controversia secular y moderna también, en tantas apologías de la primera semana de los ejercicios y en tantas diatribas de esa primera semana, pasa, por encima de todas las cosas, a un plano de actualidad en una presencialidad indiscutible en este momennto de la vida cristiana y de los cristianos que aman o que odian o que son indiferentes ante sus hermanos los hombres.

En el binomio Dios —hombre, no conviene olvidar el matiz Dios salvador— hombre salvado. Porque es fundamental y primigenio. En el Nuevo y en el Viejo Testamento el acercamiento de Dios y el amor de Dios es siempre un acercamiento y un amor soteriológico. Y sin esta alianza salvífica, y sin esa voluntad de salvación haríamos incomprensible el sentido del cristianismo. Y para vivir el matiz de hombre salvado necesitamos poseer el sentido de *hombre pecador*.

Muchas veces contra ese sentido han concentrado el ataque los que no querían meditaciones de pecados, y los que no querían primera semana ignaciana; porque han pen-

sado que hombre pecador es un nivel bajo, bueno para principiantes, pero pobre de contenido para empresas grandes del servicio de Dios.

La experiencia histórica del cristianismo

Sin embargo, es contraria a esto la experiencia histórica de la santidad en la Iglesia de Cristo. El sentido del amor se ha emparejado siempre en el cristianismo con el sentido de *ser perdonado*. Y la hondura del ser perdonado es funcional de la hondura del amor de Dios. Y el ser perdonado supone el pecado, y la aceptación de la cualidad *pecador* asimilada desde ahora y enraizada y hecha vida en el corazón cristiano.

Cuando leíamos las vidas de los santos siempre dudábamos de esa vestidura de pecado que se imponían ellos sobre sus hombros, y nos extrañaba en ellos el sentido de hombre pecador que les inclina ante Dios. Pero hemos dudado injustamente; porque una cosa es cierta: la veracidad y sinceridad de esos santos que, con luz de Dios, se veían a sí mismos pecadores. Y estos amigos de los hombres que fueron los santos, quedan marcados en su vida con el hierro de Francisco pecador, y Juan pecador, y Teresa pecadora, y también Ignacio pecador que decía a Ribadeneira algo sobre el ser devorado su cuerpo por los perros después de la muerte, como merecimiento del hombre pecador, como deseo de un castigo para los «abominables pecados» de Ignacio (1).

Nuestra sinceridad, —que decimos virtud de estos tiempos,— debía ver en estos hombres pecadores a los hombres que han amado más a sus hermanos. Y nuestra sinceridad debía buscar hondamente la posible relación de una cosa con otra.

Cuando para nuestro tiempo reclamamos esa fraternidad, y ese testimonio, y ese acercamiento, también para nuestro tiempo, que se aleja tanto del hombre, debíamos buscar la fórmula del amor a los hombres, y aprenderla de esos santos pecadores. De esos santos que pudieron verificar en sí la condición esencial del cristianismo, y del amor de Dios que consiste en sentirse hombre pecador y hombre salvado. Quizás ahí esté la clave del signo contemporáneo de la santidad, en algo que ni es nuevo ni viejo, sino que impregna toda la Escritura y todo el cristianismo. Por eso tiene actualidad San Ignacio y su espiritualidad combatida de la primera semana de ejercicios.

Posible itinerario de la espiritualidad actual

Sería el itinerario del *hombre pecador*, del *yo pecador* hasta el *yo salvado*. Y esto, que acerca a Dios y fructifica en amor de Dios, sería de una virtualidad fecundísima para la moderna santidad de nuestro tiempo, que ha redescubierto el pecado en el *no amor* de los hombres.

Al fin y al cabo el pecado es una forma de egoismo, la forma más caracterizada del egoismo. Y esto cualquier pecado de los hombres.

Cuando volcamos nuestra espiritualidad sobre ese amor a los hombres; cuando queremos hacer virtud teologal cualquiera de esas pequeñas o grandes aventuras de los hombres que se inclinan amorosamente sobre sus hermanos, sería bueno detenernos un poco y meditar así: Estos hombres que necesitan mi palabra y mi don, y mi sonrisa y mi ayuda y mi comprensión y mi compañía, y mi pan, necesitan estas cosas porque hay en otros el egoismo-pecado que lleva la injusticia a la familia de los hijos de Dios.

Si quitamos el pecado de los demás, *si quito el pecado mío*, si rompo los egoismos, contribuiré al equilibrio de esas fuerzas de la libertad humana que quiebran la providencia y el amor distributivo de Dios. Si quitamos el egoismo, no será el mal para muchos y el bien para pocos.

Y es necesaria la profundidad del pensamiento sobre el pecado; porque en nuestros días es fácil y cómodo contemplar al otro lado de la escena el pecado del mundo con una objetividad aséptica que me parece poco bienhechora. No tiene eficaces consecuencias estar siempre considerando el pecado del mundo como si no fuésemos del mundo también nosotros. Por eso es necesaria la

(1) «Y a mí me dixo que, si cosa tenía que desear de nuestro Señor, era que después de muerto, lo echassen en el campo a comer a los perros, porque siendo él una cosa tan hedionda, no merescía otra cosa por sus muchos y abominables pecados». De actis San Ignatii a Ribadeneira. Mon. Ignatiana. Scripta de Sancto Ignatio, I. pág. 379.

profundidad de nuestro pensamiento sobre el pecado, el abandono de nuestra impasibilidad espectadora y la incorporación a la escena.

Para quitar obstáculos al advenimiento del reino de Dios sobre el mundo, es necesario quitar los obstáculos que impiden la venida del reino sobre nosotros mismos. Ocurre que mi libertad tiene algo que ver con el mal. Convendría que yo ocupase un lugar en el banquillo de los reos y dejase alguna vez de acusar a los demás, a los pecados del mundo. Esto me parece necesario.

Y es el camino único para pasar del hombre-pecador al hombre-salvado. Del mundo en pecado al mundo en gracia de Dios. La salvación del hombre y la del mundo está ahí al alcance de la mano, como el costado abierto de Cristo estuvo al alcance de la mano de Tomás. Está ahí la sangre de Cristo que es redentora y vencedora del pecado. Pero la aplicación de esa victoria requiere el reconocimiento que cada hombre debe hacer de su ser pecador y su ser salvado y redimido. Cuando ese reconocimiento y la confesión del delito y el sentido del yo pecador sea medular entonces, al revestirnos del yo salvado, habrá sido vencido el pecado del mundo.

El sentido ignaciano del pecado

Está cargada la primera semana de los Ejercicios de San Ignacio de reminiscencias del Ignacio pecador, el Ignacio que sintió el disgusto de su vida pasada, y no se contentó con ser espectador de ese pecado del mundo. Y hay una íntima penetración en San Ignacio de ese sentido cuando, elegido general, piensa que sus múltiples pecados y sus imperfecciones le incapacitan para llevar sobre sus hombros el peso de la Compañía.

Nuestra sinceridad sería pensar y sentir que los pecados nuestros nos incapacitan para llevar sobre los hombros el peso grande del amor a nuestros hermanos; que nuestros pecados son el mayor obstáculo al reino de Dios en los hombros y en nosotros.

La técnica de San Ignacio y el sentido del pecado que quiere enraizar en el ejercitante, no es un tratado sobre el pecado en sí mismo. No abstrae San Ignacio, ni siquiera en esa meditación de los tres pecados que es sólo una propedéutica con una misión pedagógica hacia nuestro pecado. Está enseñando nuestro propio pecado cuando quiere que miremos el de los ángeles o el de Adán y Eva. Está enseñando la trascendencia universal y ecuménica de esa aversión mía, cuando rompo el orden de Dios.

Ahora está preparado el ejercitante para la inmersión en su propio pecado. Ahora está Dios ahí, y el ejercitante solo con su pecado frente a Dios. Biografía pecadora primero, y empequeñecimiento ante Dios después. Tensión suprema de esta primera semana de Ejercicios; tensión que va a romperse con el reconocimiento «admirativo» del yo pecador.

Está ahora trazada toda la clave salvífica de la redención. Ha aparecido la realidad del pecado. Ahí está el hombre-pecador al borde del hombre-salvado. Juntos uno y otro en ese diálogo que hace San Ignacio, para el ejercitante, con Cristo crucificado: «Imaginando a Christo nuestro Señor delante y puesto en cruz, hacer un coloquio, cómo de Criador es venido a hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados. Otro tanto mirando a mí mismo lo que he hecho por Christo, y así viéndole tal, y así colgado en la cruz, discurrir por lo que se offresciere» (2).

* * *

Este sentido existencial del hombre y del pecado es camino indicador para los hombres de hoy y para su amor a los demás. Y no hay renuncia a esa manifestación cristiana que es legítima y es de todos los tiempos: el primado de la caridad, el Dios amor de San Juan, y el amor a los hombres que vemos (1 Io 4 20). Es sincera decisión de servir a los hombres con la acción más eficaz que es la acción purificadora, que quita el obstáculo del amor a los hombres.

Ahora no habrá antinomias entre caridad y mandamientos. Querremos, por nuestro sentido del pecado, por nuestro sentido de hombres salvados, hacer lema de nuestro amor a Dios y a los hombres aquellas palabras de Jesúcristo: «*Si me amáis guardad mis mandamientos*» (Io 14 15).

Para quitar el único obstáculo a la venida del reino de Dios.

(2) Ejercicios (53).